



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Benjamin y la modernidad

El lado de la sombra

Raquel Ángel¹

Resumen:

Progreso y barbarie, historia y catástrofe: Benjamin pudo leer en los signos de su época cómo las promesas redentoras de la Ilustración –hombres autónomos, sociedades libres– iban diluyéndose, una tras otra, a contramano de las estructuras imaginarias de la Modernidad. Pensador del estallido, de las mutaciones, de los travestismos ideológicos, buceador de la memoria, rastreador de olvidos y derrotas, Benjamin pudo descifrar el lado oscuro de la razón, la barbarie instituyente en el corazón mismo del proyecto civilizador, la inversión dialéctica de la filosofía del progreso, de las promesas de libertad e igualdad en su contrario: la lógica del horror que, desde la Primera Guerra Mundial, no cesaría de “amontonar ruina sobre ruina”.

Benjamin auscultó a fondo la sociedad de su tiempo y vislumbró en el hedonismo consumista, en el reinado fetichista de la mercancía qué tipo de sujeto se estaba perfilando. Iba a descubrir que ese fetichismo era una señal clave para entender el idiotismo moral que terminaría despojando al sujeto de su experiencia, impidiéndole la percepción del capitalismo “como infierno secularizado”, empujándolo, por fin, a la aceptación pasiva de las políticas de exterminio, a la imposibilidad de identificación con las víctimas, a la indiferencia, a la sumisión.

Sobre estos ejes temáticos, que recorren la obra benjaminiana, gira el presente trabajo.

¹ Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, Docente Titular de la Cátedra “Modernidad y genocidio”, Carrera “Capitalismo y derechos humanos”,
rangel1@speedy.com.ar



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Benjamin y la modernidad

El lado de la sombra

¿Cómo pensar a Benjamin, su pasión, su intransigencia, su trágico final, en una época que ha olvidado el sentido de la tragedia? ¿Cómo nombrar aquello que profundamente fue: un pensador del riesgo, de los límites, de las fronteras? En el cruce de todos los caminos, como lo sitúa Michael Löwy¹, acaso por eso permaneció extraño y desconocido durante varias décadas. Pero, quizá sea eso lo que logró salvarlo de los encasillamientos académicos, que suelen exorcizar del demonio de la crítica a aquello que presentan como “novedades” teóricas.

Decir que hizo elecciones sin retorno y que cumplió con ellas hasta las últimas consecuencias es quizá un modo de acercarse a Benjamin. Pero hay que seguir avanzando para descubrir en sus textos, detrás de sus palabras, el feroz universo en que fueron escritas o pensadas. Walter Benjamin pudo descifrar, en la intrincada trama de su época, el lado oscuro de la razón, la barbarie instituyente en el corazón mismo del proyecto civilizador, la inversión dialéctica de las promesas de libertad e igualdad en su contrario: la lógica del horror que, desde la Primera Guerra Mundial, no cesaría de amontonar ruina sobre ruina².

“Y si el enemigo vence, ni los muertos estarán seguros. Y este enemigo no ha dejado de vencer”, reflexionó Benjamin en sus “Tesis de Filosofía de la Historia”³. Mucho antes, en otros textos, había hablado de la gente que volvía enmudecida de los campos de batalla, de la absoluta pérdida de experiencia de “una generación que, precisamente, de 1914 a 1918, había tenido una de las más atroces experiencias de la historia” y que, sin embargo, no pudo comunicar. “Una generación que había ido a la escuela en tranvía tirado por caballos, se encontró indefensa en un paisaje en el que todo, menos las nubes, había cambiado y en cuyo centro, en un campo de fuerzas de explosiones y corrientes destructoras, estaba el mínimo, quebradizo cuerpo humano”⁴.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Era una voz solitaria la de Benjamin. Durante mucho tiempo siguió siéndolo.

Proclamaba cosas imposibles para la moral de su época: la fuerza de la crítica total, de la denuncia, del rechazo a una sociedad conformista y vacía, cuyo rasgo común era la ausencia total de piedad hacia los vencidos de la Historia. Interpelaba al sujeto de la Modernidad, aquel que justamente no podía escucharlo, aquel cuya conciencia crítica había sido arrasada por la racionalidad capitalista y los cantos de sirena del progreso, esa religión que ocultaba, bajo su máscara resplandeciente, la moral del tendero.

La noche del 3 de octubre de 1940, en que eligió la muerte para seguir siendo lo que siempre había sido, ya sabía que la extrema lucidez acarrea desdicha, que el rechazo absoluto a la obscenidad del Poder se paga a veces con la propia sangre. Desde esa noche última en un hotel de Port Bou, cercano a la frontera con España, pasarían muchas décadas antes de que el pensamiento de Benjamin pudiera arrojar alguna luz sobre las opacidades del presente.

No es un pensador fácil. No es complaciente. No concede ni a la prudencia ni a la cortesía, ese gesto con que los intelectuales suelen poner a salvo su propia retaguardia. No busca complicidad. Por el contrario: quiere alertar, sacudir, conmover. A aquellos que lo descubren, les cambia la perspectiva, la mirada, más aún, la capacidad de mirar. Descubrirlo es más que leerlo, es percibir que algo, en el damero de las certezas tranquilizadoras, va a moverse de lugar. Menos conciencia desdichada o mala fe, mayor obsesión por descubrir, no sólo el malestar en la cultura sino, yendo más a fondo, la violencia como constitutiva de la propia cultura.

En esa reflexión benjaminiana sobre la Modernidad y los sujetos que genera, se inscribe el siguiente relato, parte de la experiencia de quien esto escribe, y que constituye, en su pequeño formato, un paradigma de nuestra época.

El pasado que no pasa

Muchos extranjeros, la mayoría turistas, viajan en el tren que cada hora y media sale de Cracovia, rumbo a Ozcievin. Apenas cincuenta minutos separan la bella ciudad polaca del pequeño pueblo, que nadie conocería a no ser por un dato que lo ha hecho famoso: allí



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

funcionó Auschwitz, la más eficiente dentro de la eficiente maquinaria de exterminio montada por el nazismo durante la Segunda Guerra Mundial.

El tren recorre a toda velocidad la campiña polaca, bañada por el sol del mediodía. Estamos a fines del verano del año 2000. No hay marcas en el paisaje, nada que recuerde que hace seis décadas, a pocos kilómetros de allí, tuvo lugar la más absoluta condición inhumana de la historia, que ese bucólico escenario de acacias, abedules y casas de techos rojos, fue el mismo que atravesaban los vagones de ganado con su cargamento de muerte.

Día y noche pasaban. Iban llenos, regresaban vacíos. El trepidar de las vías, el silbato de las locomotoras, hacían temblar los árboles de los bosques y los cimientos de las casas, pero no alcanzaban a perturbar el sueño de las aldeas campesinas. Eran trenes ruidosos, lentos, pesados, oscuros, no como este tren alegre, veloz y silencioso que a fines del verano del 2006 viaja a Auschwitz, repleto de extranjeros con cámaras fotográficas y filmadoras.

Todo es puro presente en este tren pintado de amarillo. Todo o casi todo. Algo turba, de pronto, la calma del viajero, algo como una ráfaga helada, un viento negro que viene de muy lejos, algo que podría definirse como la irrupción de lo siniestro. Está allí, en una de las paredes interiores, cerca de la puerta de salida. Es un grabado, que alguien ha hecho con navaja o cuchillo. En el dibujo pueden verse, toscamente talladas, las siluetas de una horca y un patíbulo. Debajo de la horca, a pocos centímetros, se lee, claramente, la palabra “Jude”. Al pie del grabado, el dibujante ha puesto su firma: la svástica nazi. Un mensaje directo y brutal, cuya amenaza –como se descubrirá después- repite similares inscripciones en el resto de los vagones.

“El recuerdo de los muertos oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos” Ante los grabados del tren que va a Auschwitz en el año 2006, el viajero piensa que aquella frase de Marx⁵ cobra una dimensión aún más sombría. Sin embargo, no lo ha visto todo. La visita al campo va a depararle todavía mayor desolación.

Allí están las barracas, cientos de barracas, tal como las ha visto en innumerables fotos y películas, tal como las ha imaginado en los relatos. Allí están las montañas de anteojos, de zapatos, de pelo, de valijas; allí están los camastros de madera, donde los prisioneros escribían sus nombres con las uñas; allí están los hornos crematorios, las



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

cámaras de gas, la alambrada de púas. Si se aguzara el oído sería posible escuchar, acaso, entre el rumor de los árboles, las voces antiguas, las voces del espanto primitivo.

“Cuando no hay nada que decir, lo mejor es callar”, reclamaba Wittgenstein⁶. De algún modo, la visión de Auschwitz provoca el recuerdo de aquella reflexión. Pero será otra, mucho más cercana la que va a golpear, de pronto, la memoria. Voces y gritos, los sonidos del presente, van a irrumpir, otra vez, como lo real siniestro, arrojando al viajero hacia aquella frase que leyó en una pared de Amsterdam: “Auschwitz es el pasado que no pasa”. El pasado que “no pasa” está ahí, en esa pareja que se saca fotos al lado de los hornos crematorios. Ella ensaya una pose ante la cámara. Mientras sonrío y se acomoda el peinado, apoya el brazo sobre la placa de hierro que informa que en Auschwitz han sido arrojados al fuego un millón y medio de judíos, contando a los niños. Otro grupo de turistas hace cola para fotografiarse junto al recinto vidriado que guarda toneladas de cabello, anteojos, valijas y zapatos, agrupadas, por rubro, en montañas gigantescas. Mientras aguardan su turno, los turistas hacen bromas, cuentan anécdotas de viaje, se divierten. El viajero recuerda, de pronto, una reflexión de Adorno: “Divertirse es estar de acuerdo “. Y algo más: “En la base de la diversión está el olvido”⁷.

En una de las barracas contiguas se escuchan risas. Un grupo de jóvenes intenta reproducir, para una filmación casera, una de las imágenes más famosas de Auschwitz: la que muestra a un prisionero semidesnudo, cuya extrema flacura apenas guarda vestigios de lo que alguna vez fue un hombre y en cuyos ojos desencajados ya no hay expresión alguna. Está de pie, apoyado en la hilera de camastros por donde asoman los rostros cadavéricos de quienes yacen acostados, unos sobre otros, sosteniéndose hueso contra hueso. Los improvisados actores de la barraca número 37, de Auschwitz, exhortan al que los filma, reclaman que la copia quede lo más parecida al original, en lo posible, igual.

Hay algo agusanado en toda la escena, algo que huele a muerte, como olía ese campo, en otros tiempos.

Tomada en Auschwitz, el día de su liberación, en 1945, esa fotografía es difícil de mirar, quizá porque en ella no miramos el horror: es el horror el que nos mira. Seguramente porque no la han mirado bien, los turistas quieren reproducir lo que está allí. ¿Y qué



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

quieren -habrá que preguntar- los vecinos que viven alrededor de Auschwitz? En un radio de varios kilómetros, se han edificado cientos de casas, con vista a las sombrías barracas, a la alambrada de púas y a la puesta del sol.

Allí viven numerosas familias de clase media que han comprado los terrenos a precio muy ventajoso. Las casas, con sus grandes ventanales que miran al campo, sus jardines al frente y sus niños rubios jugando en las veredas, son parte de un paisaje alucinante. Sin embargo, para sus moradores, Auschwitz parece ser hoy un significativo vacío. Habría que preguntar: ¿es que fue otra cosa, alguna vez, para quienes eligieron vivir allí? Y seguir preguntando: ¿qué queda en nosotros de Auschwitz? Y más cercanamente: ¿qué queda en nosotros de la ESMA? Porque frente a la ESMA, en la Avenida del Libertador, se alzan lujosas torres, con centenares de departamentos, cuyos balcones tienen como privilegiada vista lo que fue el mayor campo de concentración en la Argentina. Se dirá: no es lo mismo, no se puede comparar. Y sí, en algún punto, es lo mismo. Y sí, se puede comparar.

La muerte del sujeto

En Auschwitz, ha reflexionado Elie Wiesel, sobreviviente del nazismo, no murió sólo el judío sino también el hombre⁸. Quizá sería más acertado decir que si en Auschwitz murió el judío es porque el hombre había comenzado a morir mucho antes. El hombre o al menos una idea del hombre que, en el siglo XVIII, iba a nutrir el gran relato de la Ilustración. ¿Cuál era esa idea? La de un sujeto libre, autónomo, pensante, solidario. Una idea del hombre como centralidad de la Razón y de la Razón como centralidad del mundo, esa idea que irá perfilándose, primero con Descartes, y que luego van a ir afinando los filósofos del Siglo de las Luces; Kant, Voltaire, Montesquieu, Condorcet, Rousseau.

1789. Revolución Francesa. El gran estallido parece confirmar, en sus albores, el proyecto ilustrado. Ahí está el hombre cambiando la historia, rompiendo sus ataduras, liberándose de la férrea imposición divina, emergiendo desnudo de ese universo nuevo, que ha derrotado para siempre el viejo mundo del poder teocrático, aquel que lo encadenaba al mito y a la superstición.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

La razón como categoría ontológica. La ciencia y la técnica como únicos caminos hacia la verdad, la historia como viaje hacia la vida buena, el hombre como el gran hacedor. He aquí la médula de los sueños ilustrados, sueños que iban a alumbrar a lo largo de todo el siglo XIX utopías y revoluciones, que iban a dibujar el rostro de una Modernidad libertaria, desmesurada, redentora. Una tradición que cobijaba la creencia en que el desarrollo de la técnica y el despliegue sin límites de las fuerzas productivas iban a crear las condiciones para una sociedad más justa, igualitaria, fraterna, esperanzada.

Liberar al mundo de la magia, someter a la naturaleza, convertir sus enigmas en fórmulas matemáticas, conjurar los miedos del hombre: la ilusión prometeica obnubilaba las conciencias de la época. No se podía ver aquello que, sin embargo, estaba allí: la dimensión sacrificial que iba a exigir, para su concreción, el paradigma moderno. Hubiera sido necesario, como reclamaba Benjamin, “peinar la historia a contrapelo”, indagar en sus pliegues, en sus zonas oscuras, en sus intersticios. Quizá entonces se habría podido descubrir que, en aquella Ilustración mesiánica, acechaba y crecía desde sus mismos orígenes, la otra Ilustración, la del rostro deforme, la que terminaría siendo el más formidable instrumento del poder burgués.

Racionalidad burguesa, revolución industrial, explotación al límite de la fuerza de trabajo, entronización del Estado como administrador de las pasiones y de las represiones: he aquí la contracara de la promesa iluminista, aquello que lograría revertir, uno tras otro, proyectos y confianzas. Dicho de otro modo: en el camino desde la Ilustración al positivismo del siglo XIX, algo se perdió. Benjamin va a sintetizar el valor de lo perdido con una frase cuya luz sigue inquietando la conciencia de Occidente: “No hay documento de cultura que no sea al mismo tiempo un documento de barbarie”⁹.

Liberadas de condicionamientos éticos, la ciencia y la técnica producirían, junto a los avances y descubrimientos, formas inéditas de la destrucción. El dominio de la naturaleza, lejos de abrir camino hacia el conocimiento verdadero, terminaría siendo devastación, saqueo, rapiña, crueldad. El sujeto libre que se había augurado devendría el obrero esclavizado a la máquina, una pieza más, intercambiable, de la cadena de montaje. “Autómatas que liquidaron completamente su memoria”, y cuyos gestos repetitivos y



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

mecánicos harán pensar a Benjamin en los suplicios de Sísifo y de Tántalo, “condenados al eterno retorno de la misma pena”¹⁰.

Benjamin pudo vislumbrar que lo irracional anidaba en el interior de la razón, que el progreso, en la modernidad capitalista, exigía, para realizarse, la ceguera absoluta frente al dolor, que el devenir de la civilización solo podía traducirse en catástrofe, en aquello que espantaba al ángel de la historia: ese montón de ruinas, esa montaña de despojos; que era empresa imposible “despertar a los muertos y recomponer lo despedazado”¹¹, que el huracán del progreso aleja a los hombres no sólo del paraíso perdido, sino de su propia humanidad.

En el centro de una rabia impugnadora de la degradación de la cultura, Benjamin va a rescatar lo que quedó devastado, vencido, en los procesos de industrialización, de masificación, de homogeneización de seres y de cosas. El desarrollo técnico-científico al servicio de la clase propietaria hará de la naturaleza una de las grandes vencidas de la historia. En un texto bellísimo, Benjamin escribió que “si a la naturaleza le fuera dada la palabra, no alcanzarían los libros del mundo para expresar su sufrimiento”¹². Si pudiera hablar –dirá Benjamin– “la naturaleza lloraría sobre la lengua misma”¹³. En la profanación de su misterio, en la cuantificación de sus secretos, el hombre se perdió. Se perdió allí donde cortó de un tajo su relación con la naturaleza, su pertenencia. Se perdió, va a reflexionar Ricardo Forster, “en el preciso instante en que el sujeto se constituyó a sí mismo como lugar de la verdad”¹⁴.

Desgajado de sus orígenes, el sujeto, ese invento moderno, “ese sistema de cicatrices que desde siempre fue”¹⁵, pagó un precio demasiado alto: cosificó la naturaleza, pero quedó él mismo convertido en cosa. Un tecnócrata, va a decir Jorge Juanes en “La razón de Occidente”. Y va a definir: “Qué es el tecnócrata, sino una bestia insaciable que se sitúa frente a la naturaleza con la astucia del timador, una mano automática que con sus ardides mecánicos no quiere más que dominar, colonizar, explotar, arrasar. La aprehensión moderna de la naturaleza, llamada científica, ha perdido aquello que no debió haberse perdido nunca: la visión cualitativa de la materia, la necesidad de aliarse con ella. La exactitud y el rigor, esa danza de átomos, le han hecho olvidarse del paisaje y de la lluvia, de la nieve y de la flor, de la potencia de la cosa como cosa”¹⁶.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Cultura tecnocapitalista, industrial y guerrera, que, al amparo de las ideas de progreso, llevaría los sueños de la razón a las fábricas de la muerte, la búsqueda del conocimiento a la legitimación de la barbarie, el proyecto de un hombre libre a la omnipotencia deshumanizadora del sujeto cartesiano. “Cultura de la frialdad”, va a decir Adorno¹⁷, donde cada hombre, extraño para sí mismo y para los otros, “es para todos una víctima y un verdugo”¹⁸.

Imágenes de la vida dañada

Siglo XIX. Edad de oro de la burguesía. George Steiner va a ubicarla entre 1820 y 1914. En “El castillo de Barba Azul”¹⁹, describe esa época dorada como escenario privilegiado de la expansión imperialista de Europa, es decir, del robo, la rapiña y el saqueo de tierras ajenas -Asia, África, América, Oceanía-; de la esclavitud, la explotación o directamente el exterminio de sus pueblos originarios. El gran relato civilizatorio del Occidente cristiano va a sustentarse en el barro y la sangre de los territorios ocupados, en el sudor y la agonía de negros, amarillos, árabes e indígenas, esos “otros” condenados a ser “la parte que no tiene parte”²⁰ en ese Todo que va a postularse como centro del mundo. Proceso de acumulación capitalista al que Marx va a calificar como “ese desarrollo idílico, que comenzó con el terror y el exterminio –a través de la violencia militar y la esclavitud en las colonias y el despojo del campesinado en Europa– y culminó con la creación del mercado de trabajo indispensable para el nuevo modo de producción”. En un pasaje casi profético, va a escribir: “La barbarie reaparece, pero esta vez es engendrada en el propio seno de la civilización y es parte de ella. Es la barbarie leprosa, la barbarie como lepra de la civilización”²¹. Una reflexión, podríamos decir, fundacional. Varias décadas después, Benjamin va a arrojar al mundo ese epigrama memorable, agudo como un bisturí, acerca de la relación dialéctica que la Modernidad va a establecer entre sus documentos de cultura y sus actos de barbarie. Y estará hablando del crecimiento fáustico de las metrópolis, de las industrias, de las fábricas, del lujo, del derroche. Tiempo de la seguridad absoluta del burgués.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Las grandes ciudades europeas, con su fastuosa arquitectura, sus monumentos, sus galerías, sus bulevares, serán pruebas palpables del poderío de la razón en la era del capitalismo industrial. No menos palpable que la miseria de los barrios bajos y que las condiciones de explotación del trabajo en las minas y en las fábricas. A lo largo de ese siglo XIX, la deshumanización de los hombres y mujeres, atados a los modos de producción capitalista, llegará a ser completa. Jornadas de 16 horas, pagas miserables, tiempo expropiado, vidas saqueadas. “Al observar a esos obreros agotados, brutalizados, que salían de la fábrica para lanzarse a la calle, Engels veía que había allí un depósito de impulsos subhumanos”, va a escribir Steiner y dirá que “en cierto sentido, el campo de concentración reproduce la vida de la fábrica, en la cual la ‘solución final’ es aplicar a los seres humanos las técnicas de la producción en serie”²².

“Mi vida es de otro, mi trabajo es de otro, mi deseo es la posesión inaccesible de otro, cada cosa es otra cosa que ella misma y domina, en general, el poder inhumano”²³. Así describirá Marx la enajenación del hombre bajo la brutal dominación del capital, en el siglo XIX. Cuerpos reducidos a mera fuerza de trabajo. Cultura del cálculo, del desarraigo, de la soledad.

Las cosas son otras cosas que ellas mismas, va a decir Marx y estará hablando ya del fetichismo de la mercancía, esa nueva religión que construye, en la idolatría de los objetos producidos, el velo que oculta las relaciones de dominio y opresión que hacen posible a esos mismos objetos. Detrás de las mercancías, de esas cosas que han devenido otras, hay dolor, tiempo humano, vidas vaciadas de sentido.

Siguiendo a Marx, Benjamin va a auscultar en los signos de su época aquello que ya estaba señalando la imbricación profunda entre historia y catástrofe, progreso y barbarie. Y terminará desnudando, como Strindberg²⁴, el secreto más oculto, más aterradoramente vigente, de la Modernidad: “El infierno no es lo que nos espera sino esta vida aquí”²⁵.

.La subjetividad, tierra baldía

Relaciones de compraventa, relaciones de mercado. El orden de dominación tecnocapitalista termina legitimado, de manera fetichista, por los propios sujetos. En “Las



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

formas de la espada”, Eduardo Grüner alude a este proceso de “fetichización” mediante el cual “los sujetos han *subjetivado* la violencia de la dominación política y por lo tanto de la dominación económica (...) Es como si se hicieran violencia a sí mismos, tomaran a su propio cargo la dominación, en la creencia de que ella es producto de su libertad individual –y por lo tanto, ante el escándalo lógico que ello supone, en la creencia de que no hay dominación alguna”²⁶.

Habrá que preguntarse: ¿Qué subjetividad ha producido la cultura moderna para que los hombres acepten, pasivamente, los ritos sacrificiales del Poder? Hombres alienados en su trabajo y en su vida. Autómatas con la conciencia fracturada, con el alma rota, con el cuerpo mutilado. Hombres acostumbrados al mando, a la sumisión, a la obediencia. Individuos que delatan la propia impotencia en la identificación viscosa con la lógica del orden dominante. Benjamin hablará del capitalismo como infierno secularizado, de la búsqueda del chato bienestar individual, de la quiebra de los lazos solidarios, de la fascinación de las mercancías y del consumismo embrutecedor, del declive del intelecto y de la perversión de los instintos que se han vuelto hostiles a la vida. “Así, en esta sociedad, el cuadro de la imbecilidad es completo”²⁷ –va a reflexionar. Esa imbecilidad, ese “idiotismo moral”, han de cimentar, lo largo del siglo XX y hasta hoy, el suelo más firme de las políticas genocidas²⁸.

La dureza y la violencia de la sociedad competitiva “obran sobre los hombres de una vez por todas”, van a decir, poco después, Adorno y Horkheimer. En “Dialéctica del Iluminismo”, escribirán; “La actitud a la que cada uno está obligado para demostrar, siempre otra vez, su participación moral en esta sociedad, su adaptación, hace pensar en los adolescentes que, en el rito de admisión en la tribu, se mueven en círculo, con sonrisa idiota, bajo los golpes del sacerdote. La vida en el capitalismo tardío es un rito permanente de iniciación. Cada uno debe demostrar que se identifica sin reservas con el poder por el que es golpeado. Así es liquidado lo trágico. Así se fabrican los hombres pequeños”²⁹.

En la liquidación de lo trágico ha quedado sellada la liquidación del individuo. Su complacencia y su pasividad han de confirmarlo “como elemento seguro”, aquel que ha aprendido a domesticar instintos y rebeldías. Un contra-hombre, una pura nada, que



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

terminará considerando natural y hasta razonable la planificación administrativa del asesinato en masa, gracias a las modernas tecnologías de punta.

Amará al poder que lo golpea. Aceptará sus golpes con sonrisa idiota: he aquí al hombre de la rareza, ese hombre del que habla Sartre³⁰. La rareza como escasez, no sólo material, sino del propio ser. El hombre se ha vuelto raro para sí mismo como culminación de una travesía donde todos los dispositivos del disciplinamiento –familia, escuela, religión, Estado, fábrica, ejército- han ido dejando huellas, tatuajes obscenos, en su cuerpo y en su alma.

Quizá la mayor tragedia de la cultura moderna sea la de crear “las condiciones necesarias para tolerar la vida despiadada”³¹. Algo que implica –siguiendo a Benjamin y a Baudelaire- que los ojos han perdido la capacidad de mirar. Y algo aún peor: la capacidad de identificarse con el sufrimiento de las víctimas³².

No tiene experiencia de la historia, ni de su situación en el mundo. Para su conciencia entumecida, sólo son reales los modelos congelados que provee la industria cultural: imágenes filmadas, fotografiadas y televisadas que le devuelven como paraísos cotidianos lo que apenas son reflejos de su vida dañada. Sólo adquiere carácter de verdad aquello que el mercado syndica como verdadero. Tecnología y estética de la repetición terminarán de operar el simulacro: la belleza no está en el paisaje sino en la fotografía del paisaje, el horror no está en Auschwitz sino en la película sobre Auschwitz.

“Interrumpir el curso del mundo era el deseo más profundo de Baudelaire. De este deseo nacían su violencia, su impaciencia y su ira”, escribió Benjamin³³.

Hablaba de Baudelaire, pero acaso, también, estaba hablando de sí mismo.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Bibliografía

- ¹ “Löwy, Michael, Redención y Utopía, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1997”
- ² “Ricardo Forster, Benjamin. Una introducción, Ed. Quadrata, Biblioteca Nacional. Argentina, 2009”
- ³ “Benjamin, Walter, Ensayos escogidos, Ed. Coyoacán, México, 2001”
- ⁴ “Benjamin Walter, Discursos interrumpidos, Editorial Planeta Argentina, 1994”
- ⁵ “Marx, Carlos, El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte, Ed. Siglo Veintidós, Buenos Aires, 2000”
- ⁶ “Wittgenstein, Ludwig, Diario Filosófico, Ariel, Barcelona, 1982”
- ⁷ “Adorno, Th. y Horkheimer, M. Dialéctica del Iluminismo, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1969”.
- ⁸ “Wiesel, Elie, La noche, el alba, el día, Ed. Muchnik, Barcelona, 1986”
- ⁹ Benjamin, Walter, “Tesis de Filosofía de la Historia”, en Para una crítica de la violencia, Premiá Ed., México, 1982, pág. 111.
- ¹⁰ Benjamin, Walter, “Libro de los Pasajes”, en Löwy, Michael, op. cit., pág. 120.
- ¹¹ Benjamin, Walter, “Tesis de Filosofía de la Historia”, en Para una crítica de la violencia, Premiá Ed., México, 1982, pág. 113
- ¹² Forster, Ricardo, “Luces y sombras de la modernidad”, VV.AA. En: Itinerarios de la Modernidad, Ed. Eudeba, 1999, pág. 268.
- ¹³ Benjamin, Walter, “Sobre el lenguaje en general y el lenguaje de los hombres”, en Ensayos escogidos. Walter Benjamin, Ed. Coyoacán, México, 20001, pág. 101.
- ¹⁴ Forster, Ricardo, op. cit. pág. 269.
- ¹⁵ García-García, Luis, “El cuerpo de la lengua”, en Confines, N° 18, 2006, Buenos Aires, pág. 143.
- ¹⁶ “Juanes, Jorge. Los caprichos de Occidente, Ed. Itaca, México, 1984”
- ¹⁷ Adorno, Th., Dialéctica negativa, Ed. Akal, Madrid, 2005.
- ¹⁸ *Ibíd.*
- ¹⁹ “Steiner, George, En el castillo de Barba Azul, Ed. Gedisa, Barcelona, 1998.”
- ²⁰ “Jacques Rancière, El desacuerdo, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1996”
- ²¹ “Marx, Carlos, El Capital, Fondo de Cultura Económica, México, 1973”
- ²² Steiner, George. *Op. cit.*
- ²³ “Marx, Carlos, Manuscritos: economía y filosofía, Alianza Editorial, Madrid, 1968”
- ²⁴ Strindberg, J.A., “El camino de Damasco”. En: Stéphane Mosès. El Angel de la Historia, Ed. Cátedra, Madrid, 1007, página 140.
- ²⁵ Benjamin, Walter “Zentralpark”. En: Cuadros de un pensamiento, Ed. Imago Mundi, Buenos Aires, 1992, pág. 205.
- ²⁶ “Grüner, Eduardo, Las formas de la espada. Ed. Colihue, Buenos Aires, 1997”
- ²⁷ “Benjamin, Walter, El libro de los pasajes, Ediciones Akal, Madrid, 2005”
- ²⁸ Bilbeny, Norbert, “El idiota moral. La banalidad del mal en el Siglo XX”. En: Walter Benjamin y el problema del mal, Ricardo Forster, Ed. GEA Grupo editor Altamira, Buenos Aires, 2003, pág. 119.



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. *Escrituras de la Memoria*.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

²⁹ “Adorno, Th. y Horkheimer, M. op. cit.”

³⁰ “Sartre, Jean Paul. *Crítica de la razón dialéctica*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1995”

³¹ Adorno, Th., y Horkheimer, Max., op. cit.

³² “Adorno, Th. *Dialéctica negativa*, Akal Ed., Madrid, 2005”.

³³ Benjamin, Walter “Zentralpark” En: *Cuadros de un pensamiento*, Ed. Imago Mundi, Buenos Aires, 1992, pág. 186.